

DON QUIJOTE

De La Mancha

+8

Tatiana Sánchez
María Jesús Chacón
Eugenio Navarro
M^a Asunción Fuente
José Luis Pedrero
Elisabeth Muñoz
Carmen de la Rosa
Fernando G Rodríguez

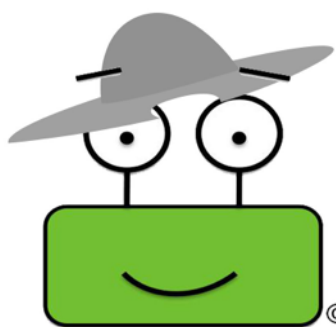
Colaboramos con

uno
entre
cienmil
.org

ilustrado por
David Hernando Arriscado



EDITORIAL WEEBLE



© 2016 **EditorialWeeble**

Autores: Varios

Ilustraciones: David Hernando Arriscado

Corrección de texto: Elena Lobato

<http://editorialweeble.com>

info@editorialweeble.com

Madrid, España, febrero 2016



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Los autores

Este libro es el resultado de un reto que nos propuso un colegio de Madrid: escribir una adaptación de El Quijote para así poderlo trabajar en clase durante 2016, año en que se cumple el cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes.

Tomamos el reto en serio y además le dimos una vuelta más: ¿y si el libro lo escribieran varios autores cada uno un capítulo con estilos y visiones diferentes de la gran obra de Cervantes?

Y así nos pusimos manos a la obra, buscando a nuestros mejores autores que estuvieron encantados de participar en el proyecto. Conseguimos la colaboración de nuestro genial ilustrador David, y para culminar el proyecto se nos unió Ángel Suárez y nos compuso un tema musical adaptado al libro.

Nuestro más sincero agradecimiento a todos los que habéis colaborado en este libro y que seguro vais a hacer felices a muchos miles de pequeños y grandes lectores. Gracias a todos.

El equipo de **EditorialWeeble**

Los autores:

Tatiana Sánchez

María Jesús Chacón

Eugenio Navarro

M^a Asunción Fuente

José Luis Pedrero

Elisabeth Muñoz

Carmen de la Rosa

Fernando G Rodríguez

El ilustrador

David Hernando Arriscado

David nació en Madrid y desde siempre se sintió atraído por la ilustración y la pintura. Tras unos comienzos autodidactas realizó diversos cursos de perfeccionamiento y especialización en técnicas de cómic, guión literario y técnico y pintura.

Ha trabajado en ilustración para publicidad, caricaturas y en ilustración infantil.

En nuestra Editorial es un colaborador asiduo. Ya ha ilustrado los varios libros, entre ellos Cocina a conCiencia, Descubriendo a van Gogh, El peón azul, El lazarillo de Tormes, Platero y yo, y ahora éste.

Además ha trabajado como ilustrador en “El pastor de estrellas”, libro de poesía; “La Constitución para niños y no tan niños”; “2 de mayo de 1808”, otro libro infantil; y la tira de historietas Xispita.

Email de contacto: dibujosdavidel@gmail.com



El compositor

Ángel Suárez-elduendesuarez

Ángel Suárez-elduendesuarez lleva en el mundo del arte y espectáculo mas de dos décadas. Desde sus orígenes en grupos locales de la isla de Tenerife, pasando por su apuesta en solitario tras su vuelta de Alemania en 1992, donde recibió influencias de músicos de todo el mundo, hasta llegar a su trabajo como cineasta y fotógrafo premiado.

Cuenta con mas de cuarenta trabajos discográficos publicados como compositor, intérprete y productor, y varios proyectos de música infantil. Ha realizado innumerables bandas sonoras para documentales, cortometrajes y publicidad.

Hasta la fecha ha dirigido y realizado 2 cortometrajes: "¡Ahora te veo!" y "Sábado Santo. Las Soledades de Jesús", 14 documentales y un largometraje "Hill of Hell". Multipremiado a nivel nacional por su trabajo musical, audiovisual y periodístico, el artista nunca ha abandonado sus raíces y principios creativos, y sigue manteniéndose fiel a ellos en el ejercicio de todas sus actividades y pasiones.

Para nuestra editorial es todo un lujo poder contar con su colaboración. ¡¡¡Gracias duende!!!



Colaboramos con Unoentrecienmil

¿Creéis que se puede cambiar el mundo?

Nosotros sí.

Por eso nacimos: para crear proyectos sociales que de alguna manera sirven para poner un granito más en la mejora de la sociedad y nuestro entorno.

Pero no sólo nacimos para eso. En España, alrededor de 1.200 niños son diagnosticados de cáncer cada año. Es un 30% de todos los casos de cáncer infantil que se detectan. Con esto en mente, tenemos algo muy claro cada vez que emprendemos una nueva acción. Y es que nuestros proyectos tienen un fin común: destinar todos los beneficios de estas actividades a una Beca anual de Investigación contra la leucemia infantil. Ya hemos conseguido tres, ¡¡y vamos camino de la cuarta!!

Porque investigar, es avanzar. Porque investigar, es futuro. Porque investigar, es esperanza. Y porque la leucemia es un enemigo demasiado fuerte para uno solo, pero no para cien mil.

Si aún no lo has hecho y te ha gustado este libro, puedes donar un euro a la Fundación.

<http://editorialweeble.com/el-quijote/>



uno
entre
cienmil
.org

La editorial

EditorialWeeble

EditorialWeeble es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor es que fueran gratuitos! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros, visítanos en:

<http://editorialweeble.com>

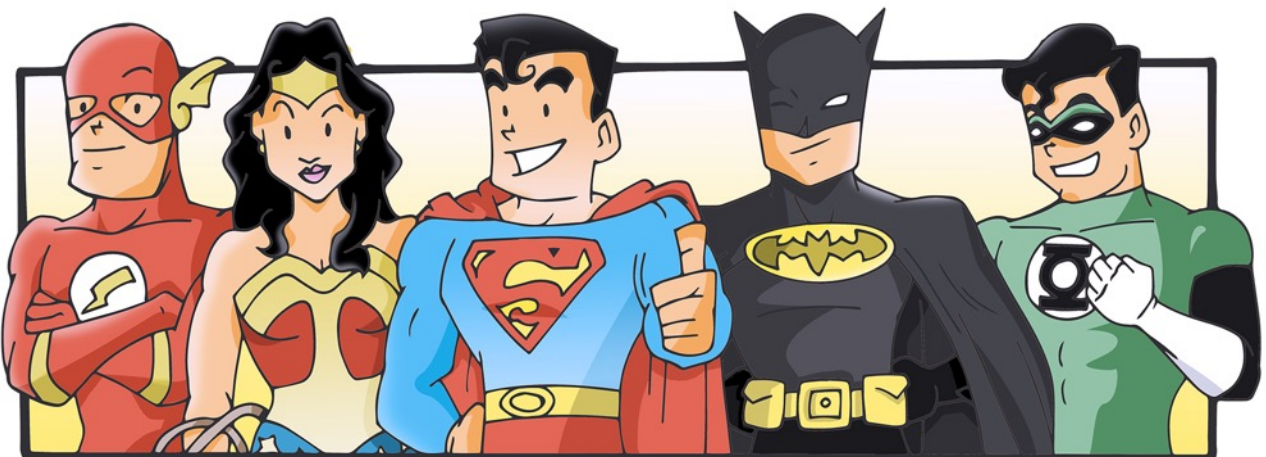
Un saludo, el equipo de **EditorialWeeble**



Prólogo

por Tatiana Sánchez

A buen seguro que, casi sin pensar, podrías decirme el nombre de uno o varios superhéroes, ¿verdad? Sí, me estoy refiriendo precisamente a aquellos que aparecen en los dibujos animados, en los cómics o en las películas y que tanto te gustan. Es posible que se te haya pasado por la cabeza Batman. ¡O quizá Spiderman! La lista puede ser interminable.



Ahora te invito a pensar de nuevo... Elige solo uno de ellos. ¿Por qué te gusta tanto? Quizá porque es valiente, porque consigue enfrentarse al mal y ganar, porque lucha contra las injusticias, porque siempre gana o porque, a pesar de todos los problemas, consigue «enamorar a la chica (o al chico)» de la que a su vez está perdidamente enamorado.

Desde que yo era un «rapaz» como tú, las cosas han cambiado mucho... ¡Qué digo mucho! ¡¡¡Muchííísiimo!!!

Empezando por el lenguaje y la forma de expresión. Si leyeras mi libro tal cual lo escribí, te quedarías con los ojos abiertos como platos. ¡Ni siquiera sabrías de lo que habla! Probablemente, si no eres catalán ni gallego, creerías que está escrito en alguna de estas lenguas, pero... ¡nada más lejos! Es castellano. Por eso me ha requerido una enorme labor y un gran esfuerzo resumir algunos de mis capítulos favoritos y reconstruir mi discurso «al estilo del siglo xxi». También por eso, te pido un poco de paciencia y comprensión. Si hay algo que no entiendes, no te des por vencido y pregunta a tus padres o profesores. Seguro que merecerá la pena el esfuerzo.

Indudablemente, durante mi juventud, tampoco existían los videojuegos, ni la televisión, ni siquiera los cómics. La mayor parte de los libros estaban escritos a mano. ¡Escribir un libro o copiarlo podía llevar meses o incluso años! Por eso la lectura era «cosa de mayores», y de «mayores ricos», he de añadir, porque los libros eran tan escasos y caros que ningún niño habría podido reunir el dinero suficiente para comprar uno. Además, la mayor parte de las personas ni siquiera sabían leer ni escribir... He de admitir que yo tuve mucha suerte de poder hacerlo.

Por supuesto, la llegada de la imprenta, una máquina que servía para copiar rápidamente varias veces lo mismo, un poco parecida a vuestra actual fotocopidora, fue un gran cambio, ya que los libros se hicieron algo más baratos y más personas pudieron conseguir alguno y aprender a leer y escribir.

Precisamente, gracias a esta invención mi libro adquirió bastante fama. Primero escribí El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha. Más tarde continué la historia y a mi segundo libro lo titulé Del ingenioso Caballero Don Quijote de la Mancha.



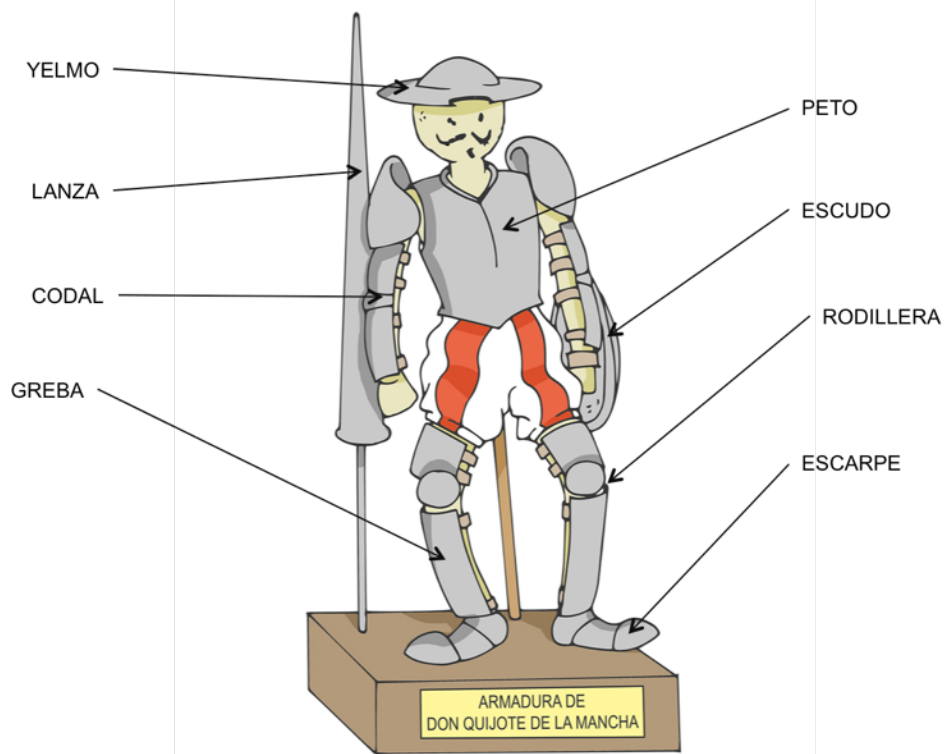
Pero también hay cosas que parece que nunca cambian, o que, si lo hacen, es solo un poco. Siempre han existido, y existirán, personas que quieren que este mundo sea mejor y que luchan por la justicia y el bien, y es así como nacen los superhéroes.

Eso es justamente lo que quería ser nuestro protagonista, Alonso Quijano. ¡Una especie de superhéroe! Sin embargo, lo más parecido a las historias de superhéroes que existían por aquel entonces eran los libros de caballerías. En estos libros se contaban las aventuras de valerosos caballeros que vivieron muchísimo antes que Alonso, concretamente, durante la Edad Media, y que, montados en sus caballos y armados con sus lanzas y espadas, vivían increíbles aventuras. Eran valerosos, honorables ¡y todo el mundo los admiraba! Incluso se hacían rimas y se cantaban canciones de sus hazañas en las plazas de los pueblos durante los días de fiesta.

A Alonso le encantaba leer y releer una y otra vez las aventuras de caballeros como Amadís de Gaula, Rolando, o nuestro don Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido como el Cid Campeador. Tanto le gustaba leer que no hacía otra cosa, y tenía a su familia y amigos muy preocupados. Sobre todo, desde que Alonso vendiera parte de las tierras que había heredado de su familia para poder seguir comprando más libros. Por poner un ejemplo, sería como si tu padre vendiera su coche para poder comprar más videojuegos. Alonso era un hidalgo y, aunque era noble, no era rico. Sus tierras eran pocas, no como las enormes extensiones que tenían otros nobles como los condes, o los marqueses, y cuyo arrendamiento les daba muchísimo dinero. Pero fueran más ricos o más pobres, los nobles no trabajaban, ¡aunque tampoco tenían que pagar impuestos, claro!

Sin embargo, la cosa no acabó ahí. Un día, Alonso decidió que quería convertirse en caballero de verdad. ¿Qué harías tú si quisieras ser un superhéroe? Solo necesitarías un nombre chulo que incluyera la palabra super-, a poder ser. Un traje ajustado, con o sin capa, y una máscara que tapase tu cara y que protegiera tu identidad. Pero para ser un caballero se necesitaban muchísimas cosas. Algunas de ellas no fueron muy difíciles de conseguir para Alonso. El nombre y el caballo fue lo más simple. Elegir una dama a la que adorar y con la que soñar fue fácil también. Incluso tuvo suerte con la armadura, ya que, al ser noble, en su casa había una que logró readaptar con esfuerzo e ingenio.

Ya «de semejante guisa», nuestro don Quijote de la Mancha quiso salir a la aventura dispuesto a conseguir lo que le faltaba para convertirse en «un caballero de verdad». Claro que... las cosas no sucedían tal y como él las pensaba en su cabeza.



De nuevo te pido que uses tu imaginación. ¿No te sorprendería que un señor con mallas intentara salvar a un gato subido a un árbol porque cree que está en peligro? Pues eso mismo le pasaba a la mayor parte de la gente que se topaba con él, que, lejos de pensar que era un héroe, le tomaban por loco.

Perdona mi descortesía. Con todo esto he olvidado presentarme. Mi nombre es Miguel de Cervantes, el autor «del Quijote», y quiero invitarte a seguir leyendo las aventuras y desventuras de este «caballero a destiempo».

Escucha una canción de esta época de caballeros andantes e imagina a Don Quijote y Sancho Panza cabalgando juntos en busca de aventuras. Pulsa en las imágenes.





En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre
quiero acordarme, no ha mucho tiempo que
un hidalgo de los lanza en astillero,
cuya antigua, rocín flaco y galgo cor

El comienzo de la aventura

por M^a Jesús Chacón

En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, vivió hace mucho tiempo un hidalgo caballero que tenía fama de bueno. Se llamaba Alonso Quijano. Era alto y seco como un palo, tenía unos cincuenta años y vivía con una criada que rondaba los cuarenta y una sobrina que no llegaba a los veinte.

Era un gran madrugador, le apasionaba el mundo de la caza. Como buen hidalgo, vivía de sus rentas: no le faltaba de nada, aunque presumía de vivir sin lujos. Apenas tenía deberes ni obligaciones diarias, por lo que dedicaba sus horas ociosas a leer libros de caballerías con tanta pasión que, incluso, llegó a olvidar la caza y la administración de su finca. Su obsesión por la lectura era tal que tuvo que vender parte de sus tierras para comprar libros y más libros de caballerías.

Se enfrascaba tanto en la lectura que leía noche y día sin parar. Y así, a base de tanto leer y tan poco dormir, se le fue secando el cerebro, y empezó a perder el juicio hasta tal extremo que pensaba que todo lo que leía era verdad. A veces, dejaba de lado su libro, se levantaba airado, cogía su vieja espada y la blandía con ímpetu para luchar contra los invisibles gigantes que se enfrentaban a él.

Convencido de la veracidad de dichas historias, creyó totalmente necesario hacerse caballero andante cuanto antes para ir por todo el mundo con sus armas y su caballo en busca de heroicas aventuras.

Así que lo primero que se dispuso a hacer fue limpiar la vieja armadura de sus bisabuelos. Después, pensó en el nombre que le pondría a su

caballo, y decidió que Rocinante sonaba bien: era un buen nombre; alto, sonoro y significativo. Luego, pensó en su nombre de caballero. Le costó ocho largos días decidirse. Al final, se dijo: «Me llamaré don Quijote de la Mancha, así daré a conocer por todo el mundo mi patria. Libraré las más difíciles batallas contra los gigantes y malvados de este mundo. Ayudaré y defenderé a todo aquel que me necesite».

Sin embargo, aún le faltaba algo muy importante para convertirse en un verdadero caballero andante: una dama de la que enamorarse. Sabía que un caballero sin amor era como un árbol sin hojas o un cuerpo sin alma. Entonces, recordó que cerca de él vivía una labradora de la que estuvo un tiempo enamorado, aunque ella nunca lo supo. Decidió que ella sería la dueña de su corazón. Como era natural del Toboso, la llamó Dulcinea del Toboso. Le sonaba a nombre de princesa y de gran señora. Su bella dama era fuerte y robusta.

Así fue como una mañana de julio, bien temprano, ataviado con su armadura y su lanza, subido a lomos de su enclenque caballo y pensando en su amada Dulcinea, don Quijote emprendió su andadura en busca de grandiosas aventuras.

Imaginando sus hazañas, se entristeció al pensar que, según la ley de caballería, aún no podría librar batalla alguna porque necesitaba ser nombrado oficialmente caballero.

Siguió cabalgando lentamente y pensó que al primero que se cruzara por el camino le pediría que le nombrara caballero. Sin embargo, pasó la mañana, pasó la tarde y no vio a nadie. Casi anocheecía cuando, afortunadamente, Rocinante y don Quijote, exhaustos y muertos de hambre, divisaron a lo lejos una venta. Así se llamaban entonces las posadas donde comían y dormían los viajeros.

Y entonces, don Quijote, inmerso en su delirio, exclamó perplejo:

—¡Mira, Rocinante, mira qué castillo más espléndido! ¿Ves sus cuatro torres, sus almenas, su puente levadizo...?

Cuando llegó, pensó que el ventero, al que veía como el centinela del castillo, y unas hermosas doncellas que estaban en la puerta, le daban la bienvenida.

Don Quijote le preguntó al ventero:

—¿Podría vuesa merced hospedarme en su castillo?

El ventero, disimulando la risa, lo miró detenidamente, decidió ser amable y le contestó cortésmente:

—Sea vuesa merced bienvenido a mi castillo. Aquí le trataremos como a un auténtico caballero.

Una vez en la venta, llegada la hora de cenar, las mujeres le sirvieron un poco de bacalao mal cocido con un trozo de pan bien duro. Sin embargo, viendo el rostro de don Quijote, parecía que estuviera comiendo el mejor de los manjares servido al rey del castillo.

Cuando acabó, don Quijote se hincó de rodillas ante el ventero y le dijo:

—No me pondré en pie hasta que no me concedáis un don que quiero pedir. Según la ley de caballerías, esta noche he de velar mis armas en la capilla de vuestro castillo y mañana me habréis de armar caballero. Solo así podré socorrer a los necesitados e indigentes que deambulan por este mundo.

El ventero, viendo que su huésped había perdido el juicio, le respondió burlonamente:

—Conocedor soy de que el don que me pedís es propio de caballeros como vos. Yo mismo fui caballero andante en mis tiempos mozos. Os aseguro que soy el más indicado para armaros el mejor caballero del mundo.

Y como por aquel entonces estaban reconstruyendo la capilla del castillo, el ventero le indicó al hidalgo caballero que, en caso de necesidad, las armas se podían velar en cualquier lugar, por lo que le ofreció el patio para dicho menester.

Y así fue como don Quijote, como si fuera a hacer lo más importante del mundo, se desprendió de su armadura, cogió con fuerza su lanza y se arrodilló a velar sus armas. Los huéspedes de la venta no paraban de reírse de semejante escena y aseguraban que tenían ante sí al más disparatado loco de toda la Mancha.

Cuando el ventero lo creyó oportuno, le susurró a don Quijote:

—Llegó el gran momento. Arrodillaos, pues voy a armaros caballero.

Entonces, tal y como se indicaba en los libros de caballerías, se dispuso a abrir su libro de clientes y, con voz firme, como si rezara una oración, le dio con la espada en la nuca y los hombros, diciéndole:

—Yo os nombro caballero.

Don Quijote, emocionado por el momento, se incorporó, abrazó con ímpetu al ventero y exclamó:

—He de partir ya, abridme las puertas del castillo. Debo ayudar a aquellos que me necesiten.

Y entonces don Quijote partió del castillo. Se fue sin pagarle al ventero, pues estaba sin blanca. Decidió regresar a su aldea para coger ropa

limpia, algo de dinero y, de paso, hacerse con un fiel escudero que lo acompañase en sus andanzas.

La sobrina, la criada de don Alonso y sus dos buenos amigos, el barbero y el cura, andaban preocupados por él, pues ya hacía tres días que había desaparecido. Estaban convencidos de que algo malo le había sucedido, puesto que se había vuelto loco de tanto leer novelas de caballerías...

Estando en esta conversación, oyeron grandes quejidos de dolor y, para su asombro, vieron aparecer a don Alonso, que, como buen caballero andante, se mostraba cabizbajo y abatido.

Don Quijote se dispuso a narrarles sus aventuras y desventuras desde que partió, y sus amigos, convencidos de su locura, decidieron que, para recuperar su cordura, lo mejor sería quemar los libros de caballerías.

Así pues, quemaron los libros y tapiaron la puerta de la biblioteca, y cuando don Quijote fue a verlos, su sobrina le dijo:

—Ya no hay biblioteca, ni libros. Al día siguiente de partir, vino un encantador sobre una nube, entró en el aposento y dejó la casa llena de humo. Cuando fuimos a mirar, no había ni libros ni biblioteca.

Don Quijote, convencido con la explicación de su sobrina y entristecido, contestó:

—No hay duda de que ha sido el mago Frestón. Me teme porque sabe que soy el más valiente caballero.

Cada vez que pasaba por el muro de la biblioteca, suspiraba tristemente...



Desde su regreso del castillo, don Quijote permaneció en casa unos quince días, durante los que su sobrina y la criada intentaron, sin éxito, animarle para que se olvidara de sus libros.

Por aquel entonces, don Quijote empezó a planear su segunda salida, para la que necesitaba hacerse con un escudero. Se acordó de aquel vecino suyo, un hombre de bien, que era labrador. Estaba casado y tenía

dos hijos. Le preguntaría a él si quería ser su escudero.

Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, aceptó su propuesta. Cogió su asno y las alforjas y se dispuso a seguir a don Quijote.

Y así fue como una noche, sin despedirse Sancho Panza de su mujer y sus hijos, ni don Quijote de su sobrina y la criada, salieron en busca de majestuosas y caballerescas aventuras.

La aventura de los molinos de viento

por Eugenio Navarro

Después de vivir varias aventuras más, don Quijote y Sancho Panza andaban tranquilos y relajados charlando sobre sus cosas mientras avanzaban por los caminos de la Mancha.

Sancho iba sobre su asno muy contento y con muchas ganas de sentirse, como le había prometido don Quijote, dueño de su ansiada ínsula.

En estos pensamientos andaban, cuando descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que había en el campo de Montiel.

—La aventura se cruza en nuestro camino —dijo don Quijote a su escudero—. Mira, querido Sancho, allí hay treinta o más inmensos gigantes, con quienes pienso entablar batalla hasta poder quitarles la vida.

—¿Pero qué gigantes divisa mi señor caballero? —le preguntó Sancho.

—Aquellos que ves con unos brazos enormes —respondió su amo—. Hay gigantes que tienen los brazos hasta de diez kilómetros.

—Mire vuestra merced —le respondió Sancho—, que no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que parecen brazos son sus aspas girando.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no entiendes mucho de aventuras, lo que allí ves son claramente unos gigantes. Pero si tienes miedo, apártate de ahí y ponte en oración, que yo entraré en una fiera y desigual batalla.



Y diciendo estas palabras, picó espuelas a Rocinante sin prestar la más mínima atención a los gritos que Sancho le daba advirtiéndole que eran molinos de viento.

Convencido como estaba don Quijote, corría a todo galope gritando:

—¡No huyáis, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os arremete!

Justo cuando llegaba a los molinos, se levantó un poco de viento y sus grandes aspas comenzaron a moverse. Al darse cuenta de esto, don Quijote gritó:

—Aunque mováis los brazos hasta quedaros sin fuerzas, me lo habréis de pagar.

Se encomendó de todo corazón a su señora Dulcinea, se cubrió con el escudo y, con Rocinante a todo galope, embistió con lanza en ristre al primer molino, propinando una lanzada en el aspa. Como el viento comenzó a soplar con fuerza, el aspa del molino hizo que la lanza, al clavarse, empezara a dar vueltas con tanta furia que la rompió en pedazos y tiró al suelo al caballo y al caballero, quien cayó rodando por el campo.

Sancho acudió rápidamente a socorrer al maltrecho don Quijote y, cuando llegó, vio que su amo no se podía menear de lo grande que había sido el golpe.

—¡Válgame Dios! —exclamó Sancho—. ¿No le dije yo a vuestra merced que no eran gigantes sino molinos de viento?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de guerra, más que otras, están sometidas a mudanzas, y pienso que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha convertido a estos

gigantes en molinos para así poder quitarme la gloria de vencerlos. Aun con todo, sus malas artes no podrán contra la bondad de mi espada.

Sancho ayudó a levantarse a don Quijote y lo subió a lomos de Rocinante, que también se encontraba bastante descoyuntado. Y comentando la aventura vivida, continuaron camino de Puerto Lápice.

Donde se cuenta la aventura de don Quijote con un rebaño de ovejas

por M^a Asunción Fuente

Caminaba don Quijote una soleada mañana conversando con su amigo Sancho sobre las maravillosas aventuras que había leído en los libros de caballería. Sancho, por su parte, aprovechaba cualquier ocasión para quejarse del mucho andar y el poco comer de los últimos días.

—¡Qué poco sabes, Sancho, de los asuntos de caballería! —le recriminaba don Quijote—. La vida de los caballeros y los escuderos es muy dura, pero también tiene grandes recompensas. Pronto disfrutarás del placer de la victoria, ¿qué mayor contento puede haber que el de vencer en una batalla?

—Así será, mi señor —respondió Sancho—, pero, de momento, siempre nos han derrotado y solo nos hemos llevado palos y puñetazos.

—Nuestra suerte cambiará, Sancho. Estoy pensando que deberíamos conseguir una espada mágica como la que tenía Amadís de Grecia cuando le llamaban «el Caballero de la Ardiente Espada», una que fuera capaz de cortar todas las armaduras y corazas por resistentes que fueran.

Mientras hablaban, don Quijote miró a lo lejos y vio una enorme polvareda. Su imaginación volvió a los libros de caballería.

—Hemos tenido suerte, Sancho. Creo que hoy será el día de nuestra primera victoria. ¿Ves aquella polvareda? Es Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana, con su ejército de caballeros y gigantes que se acerca por el camino.

—Pues ese señor «Falfafón» debe de tener otro ejército, pues por allí viene otra polvareda —respondió Sancho mirando al lado contrario.

—¡Ay, mi querido Sancho, qué poco conoces las batallas! Ese es el ejército del buen Pentapolín del Arremangado Brazo, rey de los garamantas. Alifanfarón, que es pagano, está enamorado de la hija de Pentapolín, que es cristiana, y la quiere secuestrar. Pentapolín se acerca con su ejército para defenderla.

—Y nosotros ¿qué haremos?

—¡Pues ayudar a Pentapolín! Ven, subamos a ese montículo para observarlos mejor.

Don Quijote y Sancho cabalgaron hasta una pequeña loma que había al lado del camino y se quedaron observando. Las polvaredas se fueron acercando y comenzaron a oírse muchos balidos de ovejas y carneros acompañados de los gritos de los pastores que los guiaban.

—Señor, yo no veo ni caballeros ni gigantes, ni nada que pueda parecerse a un ejército, solo dos rebaños de ovejas que se dirigen a pastar.

—Pero ¿qué dices, Sancho? ¿Es que no oyes el tocar de las trompetas, el redoblar de los tambores y el rechinar de las armaduras? Ya sé lo que pasa, que tienes miedo. El miedo nos hace ver cosas que no son. Pues quédate aquí esperando, que yo ayudaré a Pentapolín del Arremangado Brazo.

Don Quijote se encomendó a su señora Dulcinea del Toboso como hacía antes de cada batalla y, puesta la lanza en ristre, bajó la loma galopando y arremetió contra el rebaño. Las ovejas, asustadas, huyeron despavoridas, balando sin cesar y chocándose las unas con las otras.



Los pastores levantaron los brazos y comenzaron a gritar a don Quijote que se detuviera. Pero viendo que era inútil, cogieron las hondas y comenzaron a lanzarle piedras. Una de ellas le dio en las costillas, otra le rompió tres o cuatro dientes y la última le dio en la celada, es decir, en su casco, y lo derribó. Don Quijote quedó tendido en el suelo a los pies de Rocinante, mientras los pastores huían asustados creyendo que lo habían matado. Sancho, que había estado observando todo desde lo alto, se acercó con su asno hasta donde estaba su señor. Le quitó la celada, le refrescó la cara con un poco de agua y don Quijote se espabiló.

—Ya os decía yo, mi señor, que esas polvaredas no eran de ejércitos ni de gigantes, sino de simples rebaños de ovejas —refunfuñó Sancho entristecido.

—Esto es obra, Sancho, de un caballero malvado que, celoso de mi gloria, ha hecho un encantamiento para convertir los caballeros en ovejas y los gigantes en pastores. —Don Quijote no podía creer la verdad—. Seguro que, si los siguieses, verías cómo las ovejas y los pastores recobran su naturaleza y se convierten en ejércitos y gigantes de nuevo. Pero mejor quédate conmigo, que te necesito.

Sancho ayudó a su señor a levantarse y lo subió de nuevo a Rocinante.

—Creo, señor, que ya hemos tenido suficientes aventuras por hoy. Mejor será que busquemos un lugar donde descansar y limpiar esa herida vuestra de la cabeza.

—Buena idea, Sancho. También estaría bien comer algo. Una hogaza de pan y un par de sardinas bien serían de mi agrado.

Y don Quijote y Sancho siguieron cabalgando en busca de una posada.

La batalla contra los cueros de vino

por José Luis Pedrero

Y así es como llegaron a la venta de Juan Palomeque, donde ya habían estado tras otra de sus aventuras. Don Quijote, claro, pensó que era un castillo.

Fueron recibidos con grandes muestras de alegría por el ventero, su bella hija y la fea moza llamada Maritornes. Don Quijote, altivo y solemne a la vez, pidió un alojamiento de mejor calidad que el anterior, mas la esposa del ventero no olvidaba que don Quijote no les había pagado por ninguno de sus servicios anteriores, por lo que decidió alojarle en el mismo desván.

Mientras el caballero se acostaba, el resto de la comitiva se preparaba para cenar y pasar una agradable velada. En el transcurso de la cena, hablaron de las aventuras y de la locura de don Quijote.

Todos reían alegremente y comentaban cuál podría ser la causa de tan gran desvarío.

—Los libros de caballería —dijo el cura—, tanta literatura le ha trastornado.

—No sé yo cómo ha podido ser eso —respondió el ventero—, para mí no hay mejor entretenimiento que los libros de caballería y, aunque yo no sepa hacerlo, siempre encuentro algún huésped que nos los lee junto a la chimenea. Tengo ahí dos o tres de ellos que me han dado la vida.

—Tenéis razón, esposo mío —asintió la ventera—, cuando los escucháis, estáis tan embobado que no os acordáis de reñir a nadie.

—Jajaja —rieron todos la broma, mientras el ventero enrojecía.

—Mirad, hermano —respondió el cura—, lo que en ellos se cuenta es invención. Nunca existieron Felixmarte de Hircania ni otros caballeros semejantes. Todo es ficción de ingenios ociosos, que los escribieron para entretener y confundir a la gente.

No muy convencido de las palabras del cura, el ventero le enseñó los libros que tenía guardados en una maleta.

—Estos son, olvidados por un huésped, esperando su regreso estoy para poder devolvérselos.

—Dejadme que vea... Novela del curioso impertinente. Tiene buen título esta novela; si queréis puedo leerla.

Todos asintieron, confiando en el buen juicio del cura, y escucharon con gusto el relato. Poco quedaba por leer de la novela, cuando del desván donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza diciendo a voces:

—Rápido, ayudad a mi señor, que anda envuelto en la batalla más grande que mis ojos han visto.

—Pero ¿qué decís, hermano? —respondió el cura dejando de leer sobresaltado.

En esto, se oyó gran estruendo y a don Quijote gritando:

—Tente, malandrín, aquí te espero. —Y parecía que daba grandes cuchilladas a las paredes.

—No os quedéis ahí parados, entrad a ayudar a mi señor —gritaba Sancho—, está luchando contra un gran gigante y corren ríos de sangre por el suelo.



—Que me maten —dijo el ventero—. Lo que este buen hombre dice sangre, puede ser el vino que contienen los odres que guardo en el desván.

Así entraron todos en el aposento y vieron a don Quijote con el más extraño aspecto del mundo: estaba en camisa corta, tan corta que no tapaba los muslos ni casi las nalgas, y con las piernas huesudas y sucias al aire. En la cabeza, un bonete rojo grasiento del ventero. En su mano izquierda, la sábana enrollada a modo de escudo, y en la derecha, la espada desenvainada con la que daba cuchilladas a todas partes. Lo más extraño de todo era que mantenía los ojos cerrados mientras vociferaba a voz en grito.

Al ver su vino derramado por el suelo, el ventero se enfureció y se arrojó sobre don Quijote, empezando a golpearle con saña. Entre varios consiguieron separarlos y, al ver que don Quijote no despertaba, le lanzaron un cubo de agua encima.

Mientras tanto, Sancho buscaba las pruebas de la gran victoria de su señor, las cuales le harían merecedor de su tan deseada ínsula. Aseguraba haber visto la cabeza del gigante, pero que, por arte de magia, había desaparecido.

Al ver a don Quijote en tal estado y a Sancho siguiendo por el mismo camino, el ventero empezó a maldecir a ambos, asegurando que nada impediría que pagaran tan gran estropicio.

Don Quijote se puso de rodillas delante del cura, al que confundió con la princesa Micomicona, y le garantizó su seguridad, ya que había dado muerte al gigante que la acosaba.

Ante tal disparate, todos reían de forma incontrolada, excepto el ventero, que solo podía pensar en Satanás y en la repentina muerte de sus cueros de vino.

Calmados los ánimos, don Quijote volvió a la cama para descansar, Sancho cejó en su búsqueda de la cabeza del gigante y el ventero se refugió, desesperado, en su esposa.

—En mala hora entró en mi casa este caballero andante que tan caro me cuesta —se quejaba la ventera.

Estas y otras razones fueron atendidas por el cura, que prometió pagarles sus cuantiosas pérdidas.

Una vez vuelta la calma, el grupo decidió terminar la narración que había empezado e irse a dormir, confiando en que la llegada del día trajera un poco de luz a don Quijote y a Sancho.

El encantamiento de Dulcinea

por Elisabeth Muñoz

Don Quijote se quedó a las afueras del Toboso, ciudad donde residía su amada Dulcinea, y mandó a Sancho a buscarla. Antes de que se fuese, le dijo:

—¡Eres el escudero más afortunado porque vas a visitar a la señora más hermosa! Cuando le informes de que estoy aquí esperándola, fíjate bien si se toca el pelo, si se sonroja, si cambia de postura..., y me lo explicas todo, que así sabré yo si siente algo por mí, que por los gestos y posturas del cuerpo se puede saber lo que siente en su corazón.

—No se preocupe vuestra merced —respondió Sancho, que así llamaba a don Quijote—, que, si la noche pasada no encontramos el palacio, ahora de día lo encontraré.

Se alejó Sancho de allí y, a mitad de camino, se bajó de su burro y comenzó a hablar solo:

—¿Y dónde encuentro yo una princesa en el Toboso? Si pregunto y los de esta ciudad se molestan, me darán palos hasta en las costillas. Que los manchegos son honrados, ¡pero cuando se enfadan! ¡Quién me habrá metido a mí en esto! Yo solito, porque, sabiendo que mi amo está loco de atar, ¿quién me manda a mí seguirlo?, ¿cómo me las arreglaré ahora?

Continuó Sancho hablando solo y pensando hasta que llegó a una conclusión:

—Sabiendo que mi amo está como una cabra y que lo confunde todo, a gigantes con molinos, a mulas con dromedarios, a carneros con ejércitos..., ¿por qué no le llevo a cualquier aldeana y le digo que es

Dulcinea? Y si no me cree, yo le juro que es verdad. Si piensa que le fallo, no me mandará más a trabajos así o tal vez crea que lo han encantado y no puede ver la realidad.

Estaba Sancho haciendo tiempo para que don Quijote pensase que había ido y vuelto a la ciudad, cuando vio venir por un camino a tres labradoras montadas en burros. Se subió a su borrico y fue hacia su amo:

—¿Me traes buenas o malas noticias? —preguntó don Quijote.

—¡Buenísimas! —gritó Sancho—. Móntese vuestra merced en Rocinante y salga al carril, que viene su señora Dulcinea acompañada de dos doncellas.

—¿No me estarás engañando? —preguntó su señor sin poder creerse su buena suerte.

—¡Qué gano yo engañándoos! Vaya vuestra merced, que vienen vestidas con hermosas prendas, cabellos sueltos al sol y en preciosos y adornados caballos —respondió Sancho soltando una mentira tras otra—. La más bella es Dulcinea, por supuesto.

Salieron de entre los arbustos y vieron venir a las labradoras. Sancho no había tenido tanta suerte esta vez, ya que a don Quijote no le atacó su locura y miraba a lo lejos buscando a la princesa.

—¿Dónde están? ¿Las has dejado a las afueras de la ciudad?

—Si las tenéis delante —contestó Sancho esperando que su amo perdiera la cabeza y viese señoras donde había labradoras, pero no había manera, parecía que hoy su señor estaba más cuerdo que nunca. Sancho tenía claro que seguiría con su mentira hasta el final.

—Yo solo veo a tres labradoras sobre tres borricos.



—¡Increíble! —continuó Sancho con su engaño—. ¡Y ahora vuestra merced afirmará que los preciosos caballos blancos son burros!

—Veo burros, al igual que te miro y sé que eres Sancho y yo don Quijote —sostenía su señor sin desvariar ni un momento.

Para una vez que debía estar loco, no era así. Sancho continuó con su embuste:

—¡Ay, mi señor! Cállese mejor vuestra merced y venga a hacer reverencia a su señora —exclamó adelantándose, acercándose a ellas, bajándose del burro y arrodillándose.

—Reina y princesa de la hermosura, señora Dulcinea —comenzó dirigiéndose a una labradora, a la que él consideró algo más limpia, que, viniendo de trabajar en el campo, se vuelve con manchas de tierra y olores a sudor—. Yo soy Sancho, escudero del que veis ahí en su caballo, don Quijote, o Caballero de la Triste Figura, como lo llaman algunos.

—Apartaos del camino, que tenemos prisa —gritó la que tenía peor genio.

—¡Oh, princesa! —exageró Sancho—. ¿No se os enternece el corazón al ver a vuestro caballero?

—¡A reírse vienen de nosotras! ¡Lo que nos faltaba! —dijo una—. ¡Id por vuestro camino y dejadnos por el nuestro!

—¡Levántate, Sancho! —dijo don Quijote—, que me han hechizado para que no vea la hermosura de mi señora y en su lugar aparezca una labradora pobre. Y vos, mi señora, seguro que el maligno también hace que no me veáis a mí tal y como soy. Miradme con ojos amorosos, que os adoro.

—¡Hala, tonterías a mí! —exclamó la labradora.

Se alejaron y la aldeana confundida con Dulcinea pinchó fuerte a su borrico para que corriese, pero terminó en el suelo, arrojada por el pobre burro. Fueron don Quijote y Sancho a ayudarla, ella se levantó y, cogiendo carrerilla, saltó por la parte de atrás de su burro y terminó a horcajadas sobre su borrico. Don Quijote quedó maravillado:

—Dulcinea tiene tanta agilidad que podría enseñar a montar a cualquier jinete experimentado.

Las tres labradoras salieron despavoridas y desaparecieron. Don Quijote se volvió a Sancho:

—¡Qué mala suerte! ¡No solo me privaron de la belleza de mi señora, sino que, además, olía a ajos crudos!

—¡Oh, encantadores! —dramatizó Sancho—, ¿cómo habéis cambiado los cabellos de oro por cola de buey? Yo solo vi belleza, no como mi señor, excepto por un lunar encima del bigote con seis pelos rubios.

—Mi señora es perfecta —replicó don Quijote—, si viste un lunar, sería más bien una luna o estrellas, y esos pelos que me describes, te aseguro que no los tiene. ¡Qué desdichado soy al no poder ver la belleza que tú viste!

Sancho trataba de disimular la risa al comprobar que había logrado engañar a su amo. Juntos se dirigieron a las fiestas de Zaragoza, pero por el camino vivieron muchas otras aventuras que conoceréis más adelante.

El Caballero de los Leones

por Carmen de la Rosa

Una mañana de sol resplandeciente, don Quijote se prepara para nuevas aventuras y le ordena a Sancho que lo ayude a colocarse la coraza. El escudero, acosado por las prisas de su amo, no sabe qué hacer con unos requesones que acaba de comprar a unos pastores y los echa en el yelmo de su señor. Se acerca una carreta.

—Es un carro de esos que transportan las monedas de su majestad — anuncia don Diego de Miranda, al que don Quijote llama el Caballero del Verde Gabán.

—Amigo don Diego —le contesta raudo el caballero andante—, bien sabrá su merced que necesito prepararme a diario para defenderme de enemigos visibles e invisibles. Y es que hombre apercebido, medio combatido. ¡Rápido, Sancho, acércame el yelmo!

El escudero, por la urgencia del mandato, se lo da con los requesones dentro. Y sin pararse a mirar lo que porta el casco, el caballero andante se lo encaja en la cabeza; al momento, corre el queso líquido por el rostro y las barbas de don Quijote.

—¡Voto a Belcebú, Sancho! ¿Qué será esto, que parece que se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza? —grita extrañado don Quijote—. Pero no sudo de miedo, sino por la aventura que me espera. Dame algo para que me limpie, hombre, que el copioso sudor me ciega los ojos.

Se limpia don Quijote y, al quitarse el yelmo, ve que son gachas blancas lo que le enfrían la cabeza. Se lleva la papilla a las narices y, en oliéndolas, dice:

—¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y malmirado escudero!

—Si son requesones —le replica Sancho con flema y disimulo—, démelos vuesa merced, que yo me los como. Pero que también se los zampe el diablo. Lo mismo debo de tener encantadores que han puesto ahí esa inmundicia para que su merced se enfade y me muela las costillas, como suele hacer.

—Todo puede ser —dice don Quijote pidiéndole a Sancho su lanza y afirmándose bien en los estribos—. Preparado estoy, amigos, para enfrentarme al mismísimo Satanás en persona.

Al momento llega el carro de las banderolas, con el carretero arreando a las mulas, y un hombre sentado en la delantera.

—¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué lleváis en él y qué banderas son estas? —pregunta el caballero andante a los dos hombres.

—El carro es mío; llevamos dos bravos leones enjaulados que el general de Orán envía a su majestad; las banderas señalan que aquí acarreamos bienes del rey nuestro señor.

—¿Y son grandes los leones? —pregunta don Quijote.

—¡Enormes! No han pasado mayores, ni tan grandes, de África a España jamás; yo soy el leonero y he porteado otros, pero como estos, ninguno. Son hembra y macho. Van hambrientos porque no han comido

hoy. Apártese vuesa merced, que tenemos que llegar al lugar donde les demos la pitanza.

—¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas? —dice don Quijote sonriéndose—. Pues ¡por Dios que os voy a demostrar que no me espanto de los leones! Bajaos, buen hombre, y puesto que sois el leonero, abrid esas jaulas y echadme esas bestias fuera, que en este prado van a conocer esos encantadores que me los envían quién es don Quijote de la Mancha. ¡Y les daré con un canto en los dientes!

Don Diego, que sospecha que los requesones le han ablandado los cascos y madurado los sesos a su amigo, dice:

—Señor don Quijote, os recuerdo que los caballeros andantes han de emprender aventuras con esperanzas de salir airosos de ellas, y no aquellas imposibles; porque la valentía que se acerca a la temeridad más tiene de locura que de fortaleza. Sepa su merced que estos leones no vienen contra su persona, ni lo sueñan. Son de su majestad, y mejor no detenerlos ni impedirles su viaje.

—Váyase vuesa merced a freír morcillas, señor hidalgo —responde don Quijote—, y deje que yo haga mi trabajo, que es enfrentarme a esos señores leones. Se dirige al leonero y dice—: ¡Voto a tal, don bellaco, que si no abris ya mismo las jaulas, con esta lanza os voy a coser al carro!

—Señor mío —le contesta el leonero asustado—, pido por caridad que vuesa merced me deje desenganchar las mulas y ponerme a salvo con ellas antes de que salgan los leones, porque si me las matan quedaré arruinado para toda mi vida; que no tengo otra riqueza sino este carro y estas mulas.



*...y desenvainando la espada, paso ante
paso, con maravilloso denuedo y corazón
valiente, se fue a poner delante del carro
encomendándose a Dios de todo corazón
y luego a su señora Dulcinea.*

—¡Oh, hombre de poca fe! Apéate, coge tus mulas, ponte a salvo o haz lo que quieras —le replica don Quijote al leonero quejica.

—Mire, señor —le dice Sancho con lágrimas en los ojos—, que aquí no hay encanto ni cosa parecida. Yo he visto, por entre las verjas y resquicios de la jaula, una uña de león verdadero, más grande que una montaña.

—El miedo —responde don Quijote— te la hace parecer mayor que la mitad del mundo. Lárgate, Sancho, y déjame en paz. Y si aquí muriese, ya conoces nuestro antiguo acuerdo: acudirás a Dulcinea, y no te digo ni una palabra más.

El Caballero del Verde Gabán en su corcel, Sancho con su rucio y el carretero y las mulas se ponen a buen resguardo antes de que los leones salgan de su cautiverio. Y durante el tiempo que tarda el leonero en abrir la primera jaula, don Quijote piensa si sería mejor entablar la batalla a pie o a caballo. Al fin, se decide a hacerla a pie porque teme que Rocinante se espante con la vista de los leones. Entonces salta del caballo, desenvaina la espada y, paso a paso y con corazón valiente, se coloca delante del carro mientras reza a Dios y piensa en su amada Dulcinea.

El leonero levanta la trampilla, y lo primero que hace el león es revolverse, tender la garra y desperezarse; abre luego la boca y bosteza muy despacio y, con los casi dos palmos de lengua que saca fuera, se despolvorea los ojos y se lava la cara. Entonces, saca la cabeza fuera de la jaula y mira a todas partes con los ojos como brasas. El caballero andante lo observa atentamente, desea que salte del carro y vaya a sus manos, con las cuales piensa hacerle pedazos.

¡Nunca había sido don Quijote más loco! Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no hace caso de niñerías ni de bravatas, vuelve las espaldas y enseña su trasero a don Quijote y, con gran flema y

remanso, se vuelve a echar en el suelo. El Caballero de la Triste Figura, al ver que ese león es un gallina, le manda al leonero que lo apalee para hacerle bajar del carro.

—¡Ni loco haré lo que me ordenáis! —replica el leonero—, porque si yo le pego, seré el primero en terminar en sus fauces. Le aconsejo a vuesa merced que no tiente de nuevo a la fortuna. El león tiene abierta la puerta: en su mano está salir o no salir; pero como no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día. Vuesa merced ha demostrado ser un bravo luchador, y el león, un infame cobarde.

—Así es en verdad —responde don Quijote—. Cierra, amigo, la jaula, y cuenta lo que aquí has visto hacer: cómo tú abriste al león, yo lo esperé, él no salió, lo volví a esperar, volvió a no salir y se volvió a acostar. Que todos conozcan de tu boca esta hazaña.

—Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras —dice Sancho al ver desde muy lejos la señal que les hace don Quijote con un paño blanco. Y el escudero se acerca al carro con el resto de los huidos.

—Volved, hermano, a enganchar vuestras mulas y a proseguir el viaje; y tú, Sancho, dales dos escudos de oro, en recompensa por el tiempo que han perdido por mi culpa.

—Se los daré de muy buena gana, señor —responde Sancho—, pero ¿qué ha pasado con los leones? ¿Están muertos o vivos?

Ahí el leonero exagera el valor de don Quijote y cuenta que el león, amedrentado, ni se atrevió a salir de la jaula aunque había tenido abierta la puerta durante un buen rato.

—¿Qué te parece, Sancho? —dice don Quijote—. ¿Hay en verdad encantos que valgan contra la auténtica valentía que yo he demostrado?

El leonero besa las manos de don Quijote, agradecido por los escudos de oro, y promete contar aquella valerosa hazaña al mismísimo rey cuando llegue a la corte.

—Si su majestad pregunta quién la hizo, decidle que el Caballero de los Leones, que de aquí en adelante así quiero que me llamen, y no el Caballero de la Triste Figura, que es muy muermo. Haré como los caballeros andantes, que se cambiaban los nombres cuando querían o cuando les venía a cuento.

Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gabán prosiguieron el suyo. Don Diego de Miranda, atento a los hechos y palabras de don Quijote, recela si el caballero andante es un cuerdo loco, o un loco que tira a cuerdo.

—Veo que dudáis, señor don Diego de Miranda, si yo soy un hombre disparatado y loco, o cuerdo —le dice don Quijote al Caballero del Verde Gabán adentrándose en sus pensamientos—. Pues quiero que vuestra merced advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Sepa que bien luce un gallardo caballero a los ojos de su rey cuando lancea a un toro bravo en la mitad de una plaza; y bien que brillan aquellos caballeros que con sus ejercicios militares entretienen las cortes de sus príncipes. Pero, sobre todos estos, resplandece mejor un caballero andante que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intención de darles dichoso y bien afortunado final, solo por alcanzar gloriosa y duradera fama. Mejor resplandece, digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado que un cortesano requebrando a una doncella en las ciudades. Os aseguro, don Diego, que bien sé lo que es la valentía, una virtud que se encuentra entre

dos extremos viciosos, la cobardía y la temeridad. Mejor es escuchar: «Ese caballero es temerario y atrevido», que no: «El caballero es tímido y cobarde».

—Digo, señor don Quijote —responde don Diego—, que vuesa merced tiene razón. Y démonos prisa, que se hace tarde para llegar a mi casa, donde descansaréis de la pasada aventura.

El Caballero de los Leones agradece la generosidad de su amigo. Y, picando a sus monturas, serían como las dos de la tarde cuando llegaron a la aldea y a la casa de don Diego, ese a quien don Quijote llama el Caballero del Verde Gabán.

La última batalla con el Caballero de la Blanca Luna

por Fernando G Rodríguez

Esta aventura sucede en Barcelona, adonde don Quijote y Sancho Panza habían llegado tras otra de sus muchas andanzas.

Por aquel entonces, don Quijote y Sancho fueron invitados por don Antonio Moreno a pasar unos días en su casa. Don Antonio era amigo de un tal Roque Guinart, un bandolero catalán que se hizo amigo de don Quijote en otra de sus aventuras.

Una vez alojados en su casa, nuestro don Quijote fue invitado a una cena que organizó la mujer de don Antonio para darle a conocer a sus mejores amigas.

Esa noche, don Quijote pasó una velada muy agradable en su compañía.

Al finalizar la cena y una vez comenzado el baile, las amigas de la mujer de Antonio se dieron prisa en sacar a bailar a don Quijote. Imagina a nuestro caballero bailando y moviéndose con muy poco ritmo.

—Mi caballero, ¿querríais bailar conmigo? —le pregunta una dama.

—Oh, señor don Quijote, reservadme el próximo baile —dijo otra.

—Y el siguiente para mí —se alzó otra voz femenina desde lejos.

Total, tras un buen rato, el pobre don Quijote no podía más. Le habían molido el cuerpo y el ánimo de tanto bailoteo. Se sentó, agotado, en medio de la sala.

Entonces, don Antonio pidió que le llevaran a su habitación. También Sancho, su fiel escudero, acudió en su ayuda.

—¿Pensáis que todos los caballeros andantes son buenos bailarines? Pues si así pensáis, os digo que estáis muy equivocado —sentenció Sancho.

Don Quijote no podía ni responder a su amigo. Se agarró a los sirvientes y se levantó como pudo.

Así, ayudado entre varios, llegó don Quijote a sus aposentos para reponerse del ajetreo y recuperar fuerzas durante la noche.

Un día don Quijote salió a pasear por la playa de Barcelona llevando todas sus armas. De repente, vio venir hacia él a un caballero de punta en blanco que llevaba un escudo con una luna resplandeciente pintada.

Cuando el caballero se acercó lo suficiente, se dirigió a don Quijote:

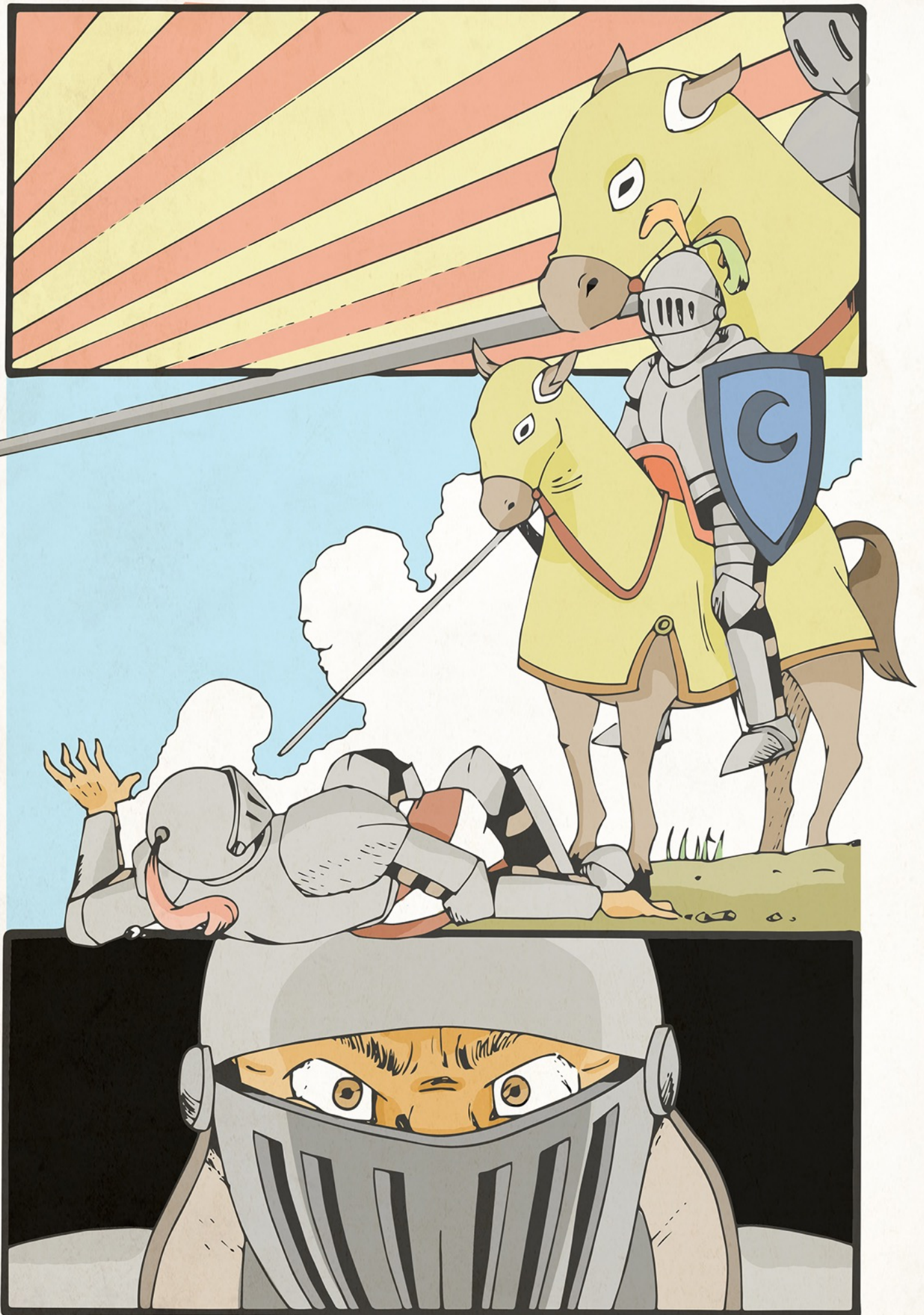
—Alabado don Quijote de la Mancha, soy el Caballero de la Blanca Luna, de cuyas hazañas habréis oído hablar.

Y continuó diciendo:

—He venido para retaros a un combate, para probar la fuerza de vuestros brazos y confesar que mi dama, sea quien fuere, es más hermosa que vuestra Dulcinea del Toboso.

Sin dejar hablar a don Quijote, el caballero prosiguió:

—Si peleáis conmigo y os venzo, dejaréis vuestras armas, no buscaréis más aventuras y os retiraréis a vuestro lugar de origen durante un año. Si me vencierais, mi cabeza, mis armas y mi caballo serán vuestros.



—Caballero de la Blanca Luna —respondió don Quijote—. Aunque nunca llegaron a mis oídos vuestras hazañas, acepto de buen grado vuestro desafío.

Y así, sin más preámbulos, ambos caballeros arremetieron con sus caballos y sus lanzas el uno contra el otro.

El caballo del Caballero de la Blanca Luna era más ligero que Rocinante, por lo que llegó con mucha fuerza al choque, levantó la lanza y empujó a don Quijote y su caballo, que fueron a dar en una peligrosa caída.

Sin haberse repuesto del golpe, don Quijote sintió la lanza del Caballero de la Blanca Luna en la visera de su casco y le escuchó decirle:

—Vencido sois, caballero. Aceptad las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote le respondió como pudo.

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra. Apretad la lanza y quitadme la vida.

—Eso no haré yo —respondió el de la Blanca Luna—. Me conformo con que el gran don Quijote se retire a su lugar durante un año.

Don Quijote prometió cumplir las condiciones del desafío. Tras ello, levantaron a nuestro caballero, que estaba maltrecho por el gran golpe sufrido en la caída. También Sancho, todo triste, se acercó a levantarlo.

Don Antonio, que había acudido al lugar y vio el fatal desenlace del duelo, siguió al enigmático caballero para conocer su nombre.

Tras recorrer varias calles, finalmente en un mesón pudo hablar con él. Y allí el Caballero de la Blanca Luna le confesó que era el bachiller Sansón

Carrasco, del mismo pueblo de don Quijote, y que solo quería que el pobre caballero regresara a su casa y se curase de su locura.

Tras oír esto, Antonio se levantó de la mesa y exclamó contrariado:

—¡Oh, señor!, ¡Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo por querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él!

La vuelta a casa

por Fernando G Rodríguez

Tras varios días recuperándose física y mentalmente en casa de don Antonio de la derrota sufrida, don Quijote y Sancho decidieron que debían cumplir su palabra y volver a su aldea en la Mancha.

Después de despedirse con emocionados abrazos de don Antonio, don Quijote, ya sin sus armas, y Sancho iniciaron el viaje de vuelta.

Al pasar cerca de la playa donde había sido derrotado, don Quijote se volvió a mirar el sitio donde había caído.

—¡Aquí fue Troya! ¡Aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis glorias!

Después de varios días de viaje, en los que todavía les ocurrieron algunas aventuras que no os vamos a relatar, subieron una cuesta desde la cual divisaron su aldea.

Los primeros que los vieron fueron el cura y el bachiller, que se acercaron a ellos con los brazos abiertos. Después fueron llegando los demás a darles la bienvenida.

En un momento dado en que don Quijote estuvo a solas con el cura y el bachiller, les contó la promesa que había realizado al Caballero de la Blanca Luna, su batalla con él y que su idea era quedarse en la aldea durante un año.

Dicho esto, pidió a su sobrina que le llevara a su lecho, pues no se sentía muy bien.

Ya fuera por la melancolía de verse vencido, o por decisión del cielo, don Quijote permaneció seis días en la cama con fiebre alta. Siempre estuvo acompañado por el cura, el bachiller, el barbero y otros amigos. Y cómo no, en la cabecera de su cama siempre se mantuvo Sancho, su buen escudero.

Una mañana, el médico no les dio muchos ánimos, ya que le encontró bastante mal. Don Quijote durmió seis horas más tranquilamente. Al despertarse exclamó:

—¡Felicítadme, buenos señores, porque ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano! Y siento que me voy muriendo a toda prisa. Dejaos de burlas y traedme un confesor que me confiese y un escribano para que escriba mi testamento.

Y cuando llegó el escribano, comenzó a dictar su testamento:

—Es mi voluntad entregar el dinero, que después de pagar mis deudas quede, a Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero.

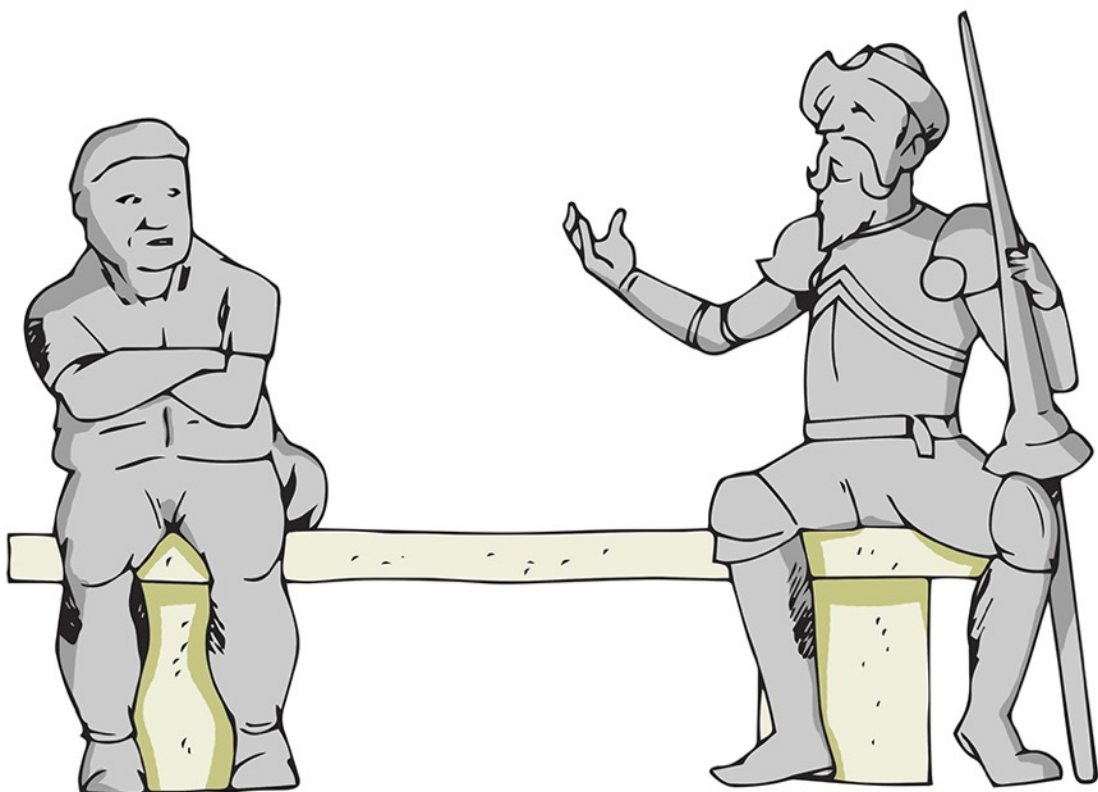
—Perdóname, amigo —dijo dirigiéndose a Sancho—, porque te hice caer en mi error de que hubo, y hay, caballeros andantes.

Y así siguió dictando su testamento hasta que se desmayó.

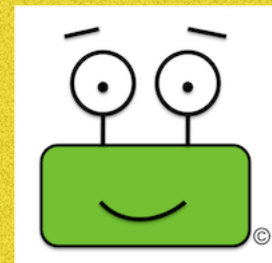
Tras tres días en la cama, murió nuestro protagonista, el gran don Quijote de la Mancha.

Y así, sin saber en qué aldea de la Mancha nació y murió nuestro caballero, para que todos los pueblos puedan acogerle, termina nuestro libro. Vale.

Fin



Nos hemos propuesto que la Editorial Weeble no sea una editorial cualquiera, queremos ser una editorial entre cien mil.



Con este libro queremos dar visibilidad a la leucemia infantil. Una enfermedad de la que nos falta mucho por saber y que solo gracias a la investigación conseguiremos vencer. ¿Por qué el Quijote? Sencillo: estamos impregnados del idealismo que desprende esta obra. Y los idealistas no desistimos: queremos que nuestros niños aprendan de una forma diferente, que sueñen, que rían, que crezcan y que se eduquen en la cultura de la solidaridad.

**uno
entre
cienmil
.org**

Y tú, ¿quieres ser un lector entre cien mil? Te van a sobrar los motivos para colaborar con esta ONG:

Somos la única ONG en España comprometida a dedicar todos los beneficios de nuestras actividades a un proyecto anual de investigación contra la Leucemia infantil, una enfermedad que supone el 30% del cáncer infantil con más de 300 casos diagnosticados al año solo en España. Desgraciadamente, dos de cada diez niños siguen sin tener ninguna esperanza al no haber avances clínicos desde hace años. Avances que solo llegan a través de la investigación.



Hazte socio contra la leucemia infantil

<http://unoentrecienmil.org/colabora/hazte-socio/>

Otros libros publicados

Clásicos adaptados:

El lazarillo de Tormes

Platero y yo

Mi primer viaje al Sistema Solar

Viaje a las estrellas

La guerra de Troya

El descubrimiento de América

Amundsen, el explorador polar

Atlas infantil de Europa

Las malas pulgas

El reto

Descubriendo a Mozart

¡Sácame los colores!

La Historia y sus historias

Descubriendo a Dalí

Cocina a conciencia

Descubriendo a van Gogh

Apolo 11, objetivo la Luna

La tortilla de patatas

Descubriendo a Mondrian

Mi primer libro de historia

OVNI

Mi primer libro de historia

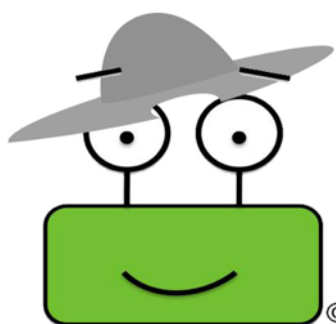
Carlos V

Peppoff y Campeón

**Con nuestros libros queremos hacer una educación más
divertida, alegre y al alcance de todos.**

¿Nos ayudas a conseguirlo?

<http://editorialweeble.com/colabora-con-nuestro-proyecto/>



© 2016 **EditorialWeeble**

Autores: Varios

Ilustraciones: David Hernando Arriscado

Corrección de texto: Elena Lobato

<http://editorialweeble.com>

info@editorialweeble.com

Madrid, España, febrero 2016



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>



En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre
quiero acordarme, no ha mucho tiempo que
un hidalgo de los lanza en astillero,
casa antigua, rocín flaco y galgo con